

Una religión cívica para la Argentina finisecular: La construcción identitaria del primer Radicalismo en la provincia de Santa Fe, 1894-1904¹

FRANCISCO J. REYES

Universidad Nacional del Litoral/CONICET

Resumen

En el presente trabajo abordamos los procesos constitutivos de una identidad político partidaria durante los años formativos de la Unión Cívica Radical (UCR) –período que, con algunas discontinuidades, se extiende entre los levantamientos armados de 1893 y 1905. Inscribiéndolos en el registro más amplio de la cultura política argentina del cambio de siglo, nuestro trabajo focaliza en las estrategias de construcción de un conjunto de mitos, ritos y símbolos: en torno a la Revolución, los actos conmemorativos, la figura del mártir-caído, los motivos iconográficos derivados, entre otros. Prácticas y simbologías que darían cuerpo a una trama autointerpretativa de la UCR infundida por la voluntad de otorgar un halo de sacralidad a la propia acción política. Nuestro análisis se concentra para ello en un estudio de caso, el de la provincia de Santa Fe, en tanto la experiencia radical en este espacio regional presenta fisonomías que la justifican como matriz a partir de la cual indagar e interpretar dichos procesos y su impacto a escalas más amplias. En esa dirección, sostenemos aquí que esa construcción identitaria de los radicales santafesinos respondía a una doble necesidad luego de una derrota política: no sólo sumar nuevas voluntades para la UCR, sino también cohesionar las propias filas. Asimismo, la construcción de una memoria y un legado propios se presentó como susceptible a variaciones y resignificaciones, tal como se dio con la reorganización partidaria a partir de 1903.

Palabras claves: Unión Cívica Radical, identidad política, religión cívica, rituales políticos, revoluciones radicales, Santa Fe

reyesfranciscoj@live.com

Abstract

In this paper we analyze the constitutive processes of partisan political identity during the formative years of the Radical Civic Union (UCR) — a period, with some discontinuities, that extended between the armed uprisings of 1893 and 1905. In the broader registry of the Argentinean political culture of the turn of the century, our work focuses on strategies for constructing a set of myths, rituals and symbols derived from the Revolution — the celebrations and the figure of the fallen martyr, among other iconographic motifs. These practices and symbols gave body to a self-interpretation by the UCR, which was infused by the will to bestow an aura of sacredness to its political action. Our analysis focuses on a case study of the province of Santa Fe, as radical experience in this regional space presents physiognomies justifying it as a matrix from which we can investigate and interpret these processes and their impact on a broader scale. Following this direction, we argue that the work of constructing an identity carried out by radicals in Santa Fe responded to two needs after a political defeat, not only to add new supporters to the UCR, but also to unite the ranks. Furthermore, the construction of a memory presented a legacy that was susceptible to variations and reinterpretations, as they occurred with the reorganization of the Party after 1903.

Keywords: Unión Cívica Radical, political identity, civic religion, political rituals, Radical revolutions, Santa Fe.

“El Partido Radical representa, en la propaganda política, ese espíritu metafísico de que ha hecho mérito. En ellas no hay ideas concretas, principios prácticos de gobierno, pero se repiten con insistencia esas palabras símbolos que suenan tan bien (...) La difusión y el prestigio de este partido emanan del culto de los símbolos mencionados que constituye el espíritu bueno de esta religión política...”

A. Peralta, *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, 1913²

Introducción

El cambio de siglo constituyó el momento de cristalización de un conjunto de novedades en el escenario de la Argentina decimonónica, producto de complejos procesos que anudaron el avance en la constitución de un Estado central-nacional y la vigorización de precondiciones para una moderna economía capitalista, acompañados de un fenomenal proceso de cambio societal y cultural potenciado por el auge de la inmigración masiva proveniente de Europa. En este registro, las transformaciones en la esfera de las prácticas políticas, y en particular la emergencia de un variopinto espectro de agrupaciones partidarias,

no se presentan como un dato menor. Sin desconocer la pluralidad de dichas experiencias de constitución de identidades y figuras de militancia, algunas de ellas se destacan por su posterior protagonismo: el Partido Socialista y la UCR. Dejaremos el primero para posteriores indagaciones y nos detendremos en ésta última, explorando desde la escala regional el despliegue de un conjunto de prácticas y representaciones simbólicas, que nos ofrecen una puerta de entrada privilegiada a la hora de abordar una de las dimensiones fundamentales de dicho fenómeno: la configuración de solidaridades políticas militantes.

La idea de que la UCR se habría destacado por convertirse en una organización política moderna en la Argentina finiseccular constituye casi un lugar común de la historiografía argentina, aunque uno puede preguntarse, a esta altura, qué aspectos han sido tenidos en cuenta para sostener tal afirmación. En lo que hace a la historiografía militante y la historiografía académica, el fenómeno de su identidad política ha sido planteado generalmente como rasgo legitimante en la primera y como epifenómeno en la segunda, la cual ha privilegiado fundamentalmente, según los contextos de producción, sus bases sociales de apoyo y su estructura organizativa.³ El problema en cuestión es entonces develar los dispositivos a partir de los cuales los radicales se dieron a sí mismos un conjunto de mitos, ritos y símbolos, los cuales apuntaban a justificar y normalizar la acción política del Radicalismo imprimiéndole un halo de sacralidad. En este sentido, resulta pertinente concebir y analizar su accionar como *religión cívica*,⁴ en tanto el lenguaje de tipo religioso en clave secular era el elegido por los hombres de la organización, al mismo tiempo que ello funcionaba para construir una creencia en el seno de un colectivo político.

Para nuestro estudio de caso provincial, el santafesino, hemos tenido en cuenta la importancia que adquirieron tanto la palabra como los actos y manifestaciones, imágenes y objetos (iconografía impresa, placas y medallas).⁵ Entendida entonces como una acción deliberada y con objetivos más o menos concretos, planteamos como hipótesis que ese esfuerzo respondió en la UCR santafesina, en circunstancias políticas que no se presentaban favorables para la misma, a una doble necesidad: por un lado, la de sumar nuevas voluntades a la organización (tanto después de las derrotas revolucionarias de 1893 como durante la reorganización de principios del siglo XX); por otro, la de cohesionar las propias filas partidarias, apelando así tanto a la disciplina como al entusiasmo, para evitar la dispersión.

El escenario post-revolucionario de los radicales santafesinos

Buena parte de la historiografía política concuerda en la importancia de las experiencias revolucionarias radicales de julio y septiembre de 1893, y la relevancia que dentro de ellas tuvieron los focos del levantamiento en la provincia de Santa Fe. En este caso, la irrupción de la violencia política dio cuenta, por un lado, de una fuerte intervención de los habitantes de las colonias santafesinas en disputa con el gobierno provincial que respondía al Partido Autonomista Nacional (PAN) y, por otro, de la exacerbación del conflicto entre las facciones de la elite santafesina, acicateado por el contexto de efervescencia política nacional producto de la revolución del Parque de 1890 y sus ecos en las provincias.⁶ Ambas insurrecciones armadas terminaron siendo derrotadas, y si bien en agosto los radicales lograron establecer el llamado gobierno provisorio “de los veintiún días”, la intervención federal no tardaría en llegar. La misma terminaría por amparar unas elecciones fraudulentas que, en febrero de 1894, sellaron la victoria de los autonomistas frente a las facciones opositoras en las cuales participaban los radicales.

Sin embargo, los hombres de la UCR santafesina intentarían hacer de esas experiencias fallidas un precedente virtuoso que terminaría convirtiéndose en el correlato local del que ya era el mito fundacional de la organización: la revolución del Parque. Como ha señalado Bronislaw Baczko, en “tiempos calientes” —como crisis y revoluciones— los hombres necesitan “vestimentas”, gestos, figuras, signos e imágenes para comunicarse y reconocerse, es decir, para identificarse. Pero esos conceptos abstractos sólo se transforman en ideas-fuerza si son capaces de volverse nudos alrededor de los cuales se organiza el imaginario colectivo. En ese sentido, se hace comprensible que las elites políticas se preocuparan por la instrumentalización de dispositivos simbólicos para influir y orientar la sensibilidad colectiva al mismo tiempo que para afirmarse en sus propias acciones.⁷ La conmemoración anual de la revolución adquirió para los radicales los contornos de una verdadera *religión cívica*, al intentar dotar a aquella de un carácter moral (o sea, como encarnación de un conjunto de valores), a partir de una liturgia más o menos coherente y sistematizada, todo lo cual dotaba a la propia acción política de un halo de sacralidad.⁸

A partir de este planteo nos formulamos entonces una serie de preguntas: ¿a través de qué canales y prácticas lograron los radicales, en un período relativamente breve, construir una vigorosa identidad política haciendo participar a importantes sectores de la sociedad provincial?; ¿cuáles fueron las principales “figuras” e “ideas” en los que se sustentó el imaginario identitario radical?; ¿cómo evolucionaron esas prácticas y esa identidad a la par del contexto político general, por un lado, y de la situación de la misma UCR, por otro?

Para inicios de 1894, ante la necesidad de reagrupar sus filas, los radicales santafesinos, desde los Comités Centrales de Santa Fe y Rosario (ya que no existía todavía un Comité Central unificado), llevaron adelante la tarea de celebrar la “gesta” del año anterior. Cuando todavía muchos dirigentes continuaban exiliados en la ciudad uruguaya de Montevideo, antes de la amnistía que decretara el gobierno nacional, se conformó una comisión especial que “desea[ba] conmemorar la jornada del 30 de Julio de 1893, adjudicando una medalla de honor a los que tomaron en ella una participación distinguida en las acciones”⁹. Dicha medalla, que fue entregada también a algunos combatientes de las colonias, planteaba a la revolución de julio como un acto de “patriotismo” de parte de sus impulsores y de quienes habían batallado en ella. La interpretación que los radicales hacían de sus propias acciones – si bien siempre habían incluido referencias a las mismas en tanto parte de una “regeneración patriótica” – daba nacimiento, con las medallas entregadas, a una simbología específica del Radicalismo revolucionario.¹⁰

En cuanto a la fecha elegida, resulta entendible que los radicales santafesinos se decidieran por conmemorar la revolución de julio antes que la de septiembre de 1893. Por un lado, la primera de ellas tuvo la particularidad de haber resultado momentáneamente triunfante, estableciéndose un gobierno radical a cargo de Mariano Candiotti, mientras la de septiembre había fracasado llevando a la prisión al líder nacional del partido, Leandro Alem, y al exilio de muchos. Por otro, la fecha de su celebración la separaba unos pocos días de la conmemoración de la revolución del Parque, lo que podía aprovecharse para realizar una asociación entre ambas. La revolución de julio era entonces la “revolución inconclusa” que actuaba como promesa de la futura “regeneración”, estableciéndose un puente temporal entre pasado (el acontecimiento a conmemorar), presente (tiempo de la operación conmemorativa) y futuro (tiempo de redención), lo que Raoul Girardet ha denominado “dinamismo profético”.¹¹

Al respecto, un paso decisivo para iniciar los preparativos fue la creación en la ciudad de Santa Fe en junio de 1894 de la “Liga Patriótica 30 de Julio”, presidida por Carlos Gómez, uno de los líderes revolucionarios. La misma denominación de la asociación explicitaba los motivos que actuaban como principios de legitimidad de la acción radical: “patria” y “revolución”.¹² El carácter propagandístico y político de la Liga era evidente, como consta en las proclamas con las que se daba a conocer desde la prensa, proponiéndose como un canal de pedagogía política para “formar al ciudadano” y “educar al pueblo en sus derechos”. También su carácter “patriótico” propugnaba por la convocatoria de los extranjeros para su nacionalización, consigna de los radicales ahora actualizada en la polémica iniciada por el oficialismo autonomista en torno a la participación de aquellos en las revoluciones.¹³

Esta idea que sustentaban los radicales de formar un ciudadano de determinado perfil político y moral tenía un carácter inclusivo, en tanto su idea de nacionalidad, si bien no buscaba otorgar automáticamente a los extranjeros los derechos políticos, sí pretendía su asimilación. Pero los objetivos políticos de la Liga iban más allá, ya que al incorporarse a la misma hombres de otras facciones opositoras, como los cívicos nacionales y los iriondistas –rama recientemente desprendida del autonomismo y que respondía a los hijos del antiguo gobernador Simón de Iriondo–, los radicales se proponían sumarlos a la conmemoración de la revolución, encabezando una posible coalición opositora. Ahora bien, una atención especial merece la iconografía construida por los radicales alrededor del mito revolucionario, ya que la misma revela los principales referentes del imaginario político de la identidad radical. Por ejemplo, los emblemas que adornaban los diplomas que otorgaba la Liga a sus socios eran un combatiente radical armado de su fusil y tres figuras femeninas o *Mariannes*. Las mismas constituían para fines del siglo XIX reconocidas alegorías de sentido político, sustentando un carácter polisémico, como bien lo ha demostrado el historiador francés Maurice Agulhon. En este caso, las remisiones eran a la Libertad/República, la Ley y la Justicia (la primera de ellas con gorro frigio y espada, la última también con esta arma). De esta forma, al motivo patriótico ya mencionado –que aquí simboliza un escudo nacional– se sumaban las *Mariannes* como símbolo clásico de la tradición nacida con la Revolución Francesa y que sería retomada luego por las izquierdas socialista y anarquista,¹⁴ representando a las instituciones republicanas y al militante radical bajo la forma ideal del *ciudadano-soldado* defensor de la “causa”.¹⁵

Poco después, se crearon dos filiales de la Liga en las ciudades–colonias de Esperanza y Rafaela, con sendas manifestaciones públicas y banquetes;¹⁶ formas de sociabilidad política que beneficiaban a los radicales al incluir a personas que hasta allí se habían mantenido como periféricas respecto del partido. Por fin, cerca del aniversario de la revolución del Parque, el activismo militante de los radicales encontró un nuevo vigor. Los Comités Centrales de Rosario y Santa Fe convocaban “al pueblo” para conmemorar la revolución del año anterior, jugando un rol clave como correa de transmisión los diarios afines, pero la convocatoria excedía a los hombres del partido, al apelarse a la ciudadanía en general, particularmente al sentimiento de pertenencia respecto de la comunidad local, como estrategia para sumar voluntades desde una apelación a un tipo de identidad más comunitaria que estrictamente política.¹⁷ El diario radical de Rosario *El Municipio* aseguraba en ese contexto descubrirse “religiosamente ante la tumba de los mártires” y exponía para la ocasión que, además del desfile en “columna cívica” de delegaciones de la UCR provenientes de Paraná, Buenos Aires, y San Nicolás,

El pueblo del Rosario va a honrar hoy con un gran *meeting* la memoria de los que se sacrificaron por sus libertades en las memorables jornadas del 30 y 31 de julio de 1893 y a demostrar una vez más su civismo, su amor a la patria y a la augusta causa de las instituciones...

Una comisión de dueños de tiendas comerciales de la ciudad anunciaba, por su parte, un día de asueto para que sus empleados dependientes asistieran a los actos.¹⁸ Se destacaba además que debía imperar en los participantes una suerte de memoria ejemplar, ya que se debía honrar tanto a los mártires como a los civiles exiliados y los militares caídos en desgracia, para los que se organizaron colectas y suscripciones en la misma Rosario y en Esperanza. Como trasfondo de todo ello, las dirigencias radicales no dejaban de concebir a la conmemoración como un momento de claro sentido político. Las sesiones del Comité Central de Santa Fe son ilustrativas al respecto, intercambiando delegados con Rosario, invitando a los clubes de la campaña rural e insistiendo en que los clubes seccionales “deben concurrir en grupo” para encuadrar a los afiliados, llevando banda de música, bombas y carteles; y la oportunidad parecía prestarse para que los iriondistas se unieran definitivamente al radicalismo.¹⁹

Conmemorar la revolución: la “milicia cívica” en rito patriótico

Los actos llevados a cabo por los radicales santafesinos tenían antecedentes en el escenario porteño, donde la sacralización de los mártires actuaba como legitimante de la acción pretérita (revolucionaria) y presente de la UCR, en una clara operación de “tradición inventada” que dotaba de un sentido trascendente a esas acciones.²⁰ En este sentido, si bien la historiografía sobre la UCR no ha hecho hincapié en las movilizaciones producidas tanto en Capital Federal como en provincias, nuestras indagaciones en torno al caso de Santa Fe y las referencias mencionadas en la prensa local nos permiten proponer que las primeras actuaron como ejemplo para las que luego se efectuarían en las segundas.

Desde su ruptura en 1891 con la fracción de la original Unión Cívica encabezada por Bartolomé Mitre, los radicales comenzaron a arrogarse el monopolio de la conmemoración de la revolución del Parque.²¹ Dicha operación implicó la celebración anual de imponentes “procesiones cívicas” en las que desfilaban los clubes barriales con sus estandartes hasta el cementerio de la Recoleta en Capital Federal, donde el 30 de julio de 1893 se festejó por primera vez ante el recientemente instalado Panteón de los Caídos.²² Precisamente el día del estallido de las revoluciones en Buenos Aires, Santa Fe y San Luis, Joaquín

Castellanos, destacado miembro del Comité Nacional, se refirió a las mismas –“en momentos en que nuestros hermanos de tres provincias riegan el suelo de la patria con sangre vertida en holocausto y en defensa del credo cívico”– como parte de una “cruzada santa” que continuaba la obra de 1890.²³ Asimismo, en los días posteriores a la revolución de julio de 1893 en Rosario, los funerales del joven radical Van Oppen, muerto en combate, se constituyeron en un verdadero acto político, envolviéndose el féretro en una bandera radical y exaltándose los valores cívicos del difunto.²⁴

Tal como se deja vislumbrar, el lenguaje y los actos de los radicales santafesinos no hacían más que reproducir, en el marco de clivajes políticos locales, aquello que los dirigentes nacionales de la UCR desplegaban en los citados eventos. Tópicos como la memoria de los muertos, la purificación por la sangre, el credo cívico, se reiteraban con una notable insistencia. En este sentido, el fervor conmemorativo también dio lugar en la provincia a la confección de placas en honor a los caídos, como es el caso de la ofrendada por los compañeros de club en la tumba de Adolfo Casterán, destacando su “entusiasmo de mártir” como un ejemplo para los vivos.²⁵ Vemos entonces como esta clase de actos se convertían en ocasiones especialmente propicias para definir aquello que el Radicalismo consideraba como las características que distinguían a sus miembros, dando forma a una identidad política originada ya con un sentido fuertemente militante.

El día 29 de julio de 1894 se efectuaron sendas celebraciones en Rosario y Santa Fe. Los diarios destacaban también que actos similares se estaban dando en simultáneo en las ciudades de La Plata y San Luis, escenarios de las revueltas del año anterior. En este sentido, aunque no existen trabajos que se dediquen específicamente a los mismos, todo parece indicar que las iniciativas provinciales poseían algún grado de coordinación, o al menos el aval, de parte de las autoridades nacionales del partido, tal como se desprende de los intercambios de los dirigentes santafesinos con aquellas, publicados en *El Municipio*. Precisamente este órgano de prensa rosarino estimó –tal vez exageradamente²⁶– que en la ciudad unas 20.000 personas formaron parte de la columna que partió de la plaza Santa Rosa encabezada por el Comité Central y una banda de música. Como se desprende de la siguiente cita, la celebración evidenciaba un espíritu casi marcial que respetaba escrupulosamente las jerarquías:

Todos venían correctamente formados, con sus banderas y estandartes y túmulos de coronas, placas y cruces para depositarlas en las tumbas de los mártires. (...) Algunos clubs acompañaban la bandera patria con la roja y blanca de la revolución (...) Muchos ciudadanos y algunos extranjeros de nobles ideales que se batieron en julio, adornaban sus pechos con la medalla con que el pueblo

agradecido premió su esfuerzo. (...) Al llegar los delegados de Buenos Aires y Entre Ríos, un club que llevaba por insignia la blanca gorra cívica, prorrumpió en entusiastas aplausos...²⁷

No constituía un dato menor la participación de delegaciones radicales provenientes de otros sitios, de vista que su visibilidad permitía a los militantes de la UCR sentirse parte de una organización que generaba unos lazos de pertenencia que iban más allá de la ciudad y la provincia. Asimismo, algo similar ocurría en el caso de los grandes actos celebrados en Buenos Aires, como las reuniones de la Convención Nacional, en los cuales la presencia de representantes provinciales de la UCR aparecía legitimando a la conducción nacional de la organización. Al respecto, una hipótesis que sostenemos es que las concentraciones conmemorativas actuaban como un momento de comunión política difícil de reproducir en otras instancias de la vida política local, provincial y nacional, o al menos como la expresión por excelencia de dicha comunión. De allí entonces su singular importancia para un Radicalismo en vías de consolidación.

En cuanto al plano de las representaciones simbólicas que construían estos actos, la idea de mantener un estricto orden tenía como objetivo contestar la visión construida por el conservadurismo que presentaba a los radicales como sinónimo de anarquía y des-orden. Hemos visto como éstos pretendían “nacionalizar” a los extranjeros que habían participado en las acciones, promoviendo efectivamente su ciudadanización, pero también equiparando su acción “patriótica” del año anterior con la de los revolucionarios “nativos”. Por lo demás, el desfile tendía a establecer una doble identificación, nacional y partidaria, al marchar la bandera radical junto con la argentina. La procesión cívica finalizaría en el cementerio municipal, en las afueras de la ciudad, donde se instaló una tribuna, los dirigentes radicales profririeron discursos y se leyó un telegrama enviado especialmente por Alem. Coronando el carácter sacro de la conmemoración, se realizó un *Te Deum* en la iglesia Nuestra Señora del Rosario, para culminar con una nueva procesión hasta el Comité rosarino ubicado en el centro de la ciudad.

Por su parte, en la capital provincial los actos se dieron en un tono menos masivo, más aldeano si se quiere (se habla de 3.000 personas), pero no menos solemne.²⁸ En el teatro Politeama, adornado con banderas argentinas y estandartes radicales, la Liga Patriótica organizó una conferencia política con las alocuciones del iriondista Domingo Silva sobre el “Deber cívico” y otra del radical José Gómez, estudiante de Derecho, titulada “Derechos y garantías”. A continuación, el club Rivadavia colocó una placa en la tumba de uno de sus “mártires”, Tomás Murchio, y se realizó una procesión cívica encabezada por el Comité de la ciudad, seguido por los clubes radicales de las localidades de Coronda, Esperanza y Colastiné, formando el cuerpo central de la manifestación

los cuatro clubes santafesinos con sus estandartes. La marcha de la manifestación siguió un itinerario simbólico referido al trazado urbano y la jerarquía de los espacios sociales distribuidos en el mismo, deteniéndose en el tradicional Club del Orden –espacio por excelencia de sociabilidad de la elite local– para desembocar finalmente en la Plaza de Mayo, previo discurso de Martín Rodríguez Galisteo.²⁹ Así, la celebración del Radicalismo capitalino dejaba traslucir unos ribetes patricios que contrastaban con los más populares de Rosario, transparentando un duradero arraigo de la UCR en las familias notabliares de la ciudad.

Pero los actos por la revolución de 1893 tenían sus detractores. *Nueva Época*, vocero autonomista, expuso en forma virulenta sus reparos, afirmando que

Los mismos grupos, las mismas turbas, la misma multitud (...) concurrirán a formarse en procesión con banderas y otros adimniculos, propios de esas huelgas anarquistas, y los desocupados y los curiosos invadirán las calles y las plazas.³⁰

Esta contra-imagen moldeaba también la identidad política del Radicalismo al complementar, de forma negativa, la propuesta por los mismos radicales, y advertía bien los elementos litúrgicos desplegados en las conmemoraciones. En cambio, si en Rosario y Santa Fe el tono de las mismas era más bien luctuoso –por el culto a los mártires-caídos–, en Esperanza predominó un clima festivo, al tipo de una reunión social, celebrándose cena y baile en el hotel Ronchetti de esa ciudad.³¹

Sin embargo, más allá de las sociabilidades locales que podían vehicular ese mensaje, los Comités Centrales llevaron adelante una empresa en común para establecer el 30 de julio como un “lugar de la memoria” más o menos tipificado, una verdadera operación de “vigilancia conmemorativa”,³² mediante la elaboración de una publicación especial dedicada a la revolución de julio de 1893 que compilaba imágenes y documentos. A partir de estos elementos, la publicación cumplía el papel de una suerte de relato oficial de la UCR santafesina sobre el acontecimiento, que se condensaba en la iconografía de tapa. Se evidencia así el interés puesto por los dirigentes radicales en la construcción de un conjunto de imágenes-símbolo que remitían a diferentes tradiciones:

La provincia de Santa Fe, como se ve en la alegoría, es representada por una bella figura de mujer que tiende palmas a los que están combatiendo en los cantones, mientras sostiene en su regazo a un combatiente moribundo. A su derecha el escudo provincial (...) y al pie un arado y una hoz, símbolos de la agricultura. Más a la

izquierda el rifle y el sombrero del herido; en segundo término los que han caído en la lucha; en seguida los que todavía batallan.³³

Como en el diploma de la Liga Patriótica, se destacaba en la portada de la publicación una hierática *Marianne*, representando al mismo tiempo la Provincia y la defensa de las instituciones por los radicales. Nuevamente, el mártir muerto en combate a los pies de la figura femenina era presentado como el máximo ejemplo de la virtud cívica radical. Por otro lado, los instrumentos de labor rural no dejaban de remitir a la participación de los hombres de las colonias agrícolas en las acciones de 1893.

La situación por la que atravesaría el Radicalismo al año siguiente daría cuenta así, al menos en el caso santafesino, de ciertos elementos de continuidad y de ruptura en relación a la conmemoración de la revolución del año anterior. Ésta volvería a suplir lo que podríamos denominar como un “no lugar” del partido, en tanto se presentaba como una manifestación de fuerza de la UCR, sucedáneo de la participación electoral interdicta por su bandera abstencionista –más allá de ocasionales candidaturas independientes de algunos de sus miembros.³⁴

Pero esta vez, la magnitud de los actos trascenderá con mucho el marco santafesino, y ello estaba directamente vinculado con la precaria realidad que comenzó a atravesar el partido a nivel nacional, en especial el liderazgo de Alem. En relación a ello, el mismo día en que *El Municipio* narraba el homenaje realizado en Buenos Aires por la revolución del Parque (ceremonia religiosa y acto en el cementerio de la Recoleta), publicó un editorial titulado “Deberes cívicos. Conmemoración del 30 de julio” en el cual se daba a conocer la labor que una comisión organizadora del Comité radical rosarino llevaba adelante por esos días con el objetivo de disciplinar a los militantes; una semana más tarde recordaba que “los que forman las filas de la *milicia cívica*” debían honrar “la memoria de sus compañeros de causa”.³⁵ Pocos días después se confirmó que concurrirían a Rosario miembros del Comité Nacional, por lo que el acto adquiriría nuevas connotaciones. Esto último pone de relieve el hecho de que las conmemoraciones constituían una instancia de aproximación entre las dirigencias nacional y provincial de la UCR, lo que a su vez redundaba en una legitimación de ambas, al obtener mediante las mismas un reconocimiento mutuo.

Mientras tanto, en el interior de la provincia varios comités radicales realizaron sus propios actos por la revolución de 1893, demostrando las diferencias sociales y políticas evidenciadas por el Radicalismo en un marco heterogéneo como el santafesino. Los radicales de San Gerónimo, por ejemplo, optaron por un banquete,³⁶ en tanto que el Comité de Esperanza decidió dar inicio a la primer Convención departamental de la UCR de Las Colonias. En esta ciudad,

la conmemoración de la revolución, como el año anterior, se caracterizó por su tono festivo, con un baile en el Club Alemán.³⁷

Se habían realizado ya para esa fecha en Rosario las exequias fúnebres de los “mártires”,³⁸ lo que pretendía dotar de un carácter sacro al compromiso de los vivos con los muertos. Por su parte, Santa Fe fue escenario de una modesta “conferencia cívica” en el teatro Politeama, donde la puesta en escena de la simbología radical—que combinaba el panteón patrio, la referencia a las revoluciones de 1890 y 1893 y los líderes provincial y nacionales—³⁹ se subsumía en el ambiente patricio en que era desarrollado el acto,⁴⁰ interpretándose el himno nacional para dar lugar luego a los discursos del delegado rosarino y del presidente del Comité Central capitalino Rodríguez Galisteo. Entendemos así que, nuevamente, la liturgia recreada por los radicales pretendía, al mismo tiempo, destacar lo particular de la identidad radical (la apelación a sus mitos fundacionales nacional y provincial) y también las posibles asociaciones con elementos que dotaban a la misma de un carácter menos sectario y más ecuménico: la bandera y el himno, como la presencia de miembros de la elite social, matizaban los aspectos más facciosos de un acto promovido por hombres del partido.

En Rosario, en cambio, las celebraciones implicaron en 1895 un despliegue sin precedentes por la presencia con “estandartes y grandes coronas” de unas cincuenta delegaciones de las colonias y de otras provincias, llegadas poco antes y alojadas en hoteles de la ciudad. Las dimensiones del desfile central surgen de sondear las cifras aportadas por la prensa, ya sea afín o contraria a la UCR, oscilando entre 8000 y 30.000 personas. Por otro lado, un elemento novedoso lo constituyó la realización de una “jornada cívico-literaria” a cargo de un grupo de mujeres, adquiriendo este actor una relevancia particular para una fuerza política que intentaba mostrarse como representando al conjunto de la sociedad. El ritual de la procesión cívica estuvo encabezado por los delegados del Comité Central y por los miembros de la dirigencia nacional de la UCR. Inmediatamente detrás se encuadraron las distintas delegaciones seguidas de los quince clubes seccionales de Rosario, “todos con sus ricos estandartes y no pocos llevando bandas militares.”⁴¹

Pero se debe prestar atención a los comentarios de una fuente crítica, porque precisamente ella permite constatar dos cosas para la conmemoración radical de Rosario y su particular “estética política”:⁴² su extraordinaria repercusión nacional y la cristalización de algunas de las características de la identidad política del radicalismo como *religión cívica*. Si atendemos a la historiografía existente sobre las fuerzas políticas del cambio de siglo, los dispositivos de homogeneización y disciplinamiento puestos en juego por la dirigencia en el desfile dan cuenta de un fenómeno en gran medida inédito, con la excepción del celo puesto por

socialistas y anarquistas en su particular pedagogía política.⁴³ Según informaba un perplejo espectador denunciando falta de espontaneidad:

Excepción hecha de la cabeza, sumamente compacta, los demás *marchaban militarmente organizados*, con escarapelas todos: los guías con banderas, algunos clubs, de boina blanca, moviéndose y deteniéndose a la voz de mando. Demasiada organización tal vez. Estos desfiles solemnes se avienen mal, en mi concepto, a lo que deben ser los actos populares (...) algunas bandas de música, no pocas banderas, compartiendo muchos conmigo la penosa impresión causada al ver la sagrada enseña patria escoltando el estandarte radical rojo y blanco (...) Más entusiasmo que las boinas blancas despertaban los *inválidos revolucionarios*, marchando trabajosamente al frente (...) Pero, ¡alto! que ahí viene la libertad (...) En resumen, la consabida niña bonita y dulce, de azul y blanco la túnica, el gorro tradicional. En andas la llevaban varios membrudos mocetones, de boina blanca y aire de consonancia...

El corresponsal del diario *La Nación* de Buenos Aires, a quien pertenece la cita, destaca el despliegue de símbolos que caracterizarían por años al Radicalismo, como los estandartes de los clubes y las boinas. En el imaginario político radical, estos conformaban un todo junto a otros símbolos referidos al patriotismo emergente con fuerza desde la década de 1880, como la bandera nacional y la figura femenina de la Libertad/República, sumándose los que remitían específicamente al hecho revolucionario (los combatientes radicales). En cuanto a esto último, otro corresponsal, del también porteño *El Tiempo*, sentenció para la procesión cívica: “Algo de carácter militar ha revestido el desfile y la organización de la marcha, que se hizo con los bastones al hombro a guisa de fusiles, como para expresar que cada uno de los manifestantes era un soldado.”⁴⁴ Según se deja vislumbrar en las distintas crónicas, la forma masiva en que los radicales ganaron la calle durante la conmemoración también se transformó en un elemento de disputa ya que su posterior repercusión podía evidenciar, o no, el consenso de que gozaban en sectores de la sociedad que sin dudas excedían a la militancia estrictamente partidaria.⁴⁵

Entre los discursos pronunciados en una tribuna instalada en el cementerio, el de Joaquín Lejarza, presidente del Comité rosarino, establecía un puente simbólico entre pasado, presente y futuro, al expresar: “Las líneas están tendidas, como en 1890 y 1893 (...) porque *cada ciudadano es un soldado* consciente de sus derechos y decidido a defenderlos al precio de su propia sangre.”⁴⁶ En el sentido de estas palabras, si los desfiles de carácter marcial del Radicalismo

como demostraciones de fuerza (llegando al punto de dotar a los militantes de un bastón/fusil) hacían en gran medida el paso de la violencia instrumentalizada de las revoluciones a la violencia sublimada de su conmemoración en clave identitaria, tal operación parecía revelar más bien la intención voluntarista de preservar vivo un mito aglutinante y movilizador para despertar emociones y sentimientos cuasi irracionales entre participantes y espectadores, mediante ese ya mencionado “dinamismo profético”.⁴⁷ La conmemoración de 1895 dio cuenta, por un lado, de la importancia para el Radicalismo del espacio santafesino, y, por otro, de cómo su identidad política podía construirse desde el núcleo porteño (por su dirigencia y su mito fundacional del Parque) pero a su vez nutrirse de elementos aportados por las provincias, en un giro novedoso para la conformación de solidaridades políticas que se demostrarían duraderas.

Como se sabe, el Radicalismo resistió mal al período iniciado con la muerte de Alem en 1896 y la consecuente puja entre facciones que se entabló hacia su interior, situación que se reprodujo en el espacio santafesino. Para ese mismo año, la conmemoración de la revolución en la provincia cedió lugar a la celebración de una Convención Provincial del partido, estableciendo una nueva Carta Orgánica. Paradójicamente, al mismo tiempo que consolidaba algunos de sus rasgos —estructura institucional unificada, identidad política con un conjunto de mitos, ritos y símbolos—, la UCR iniciaría su declive, al convocarse una nueva Convención provincial en 1897 que dejaría a sus miembros en libertad para apoyar al candidato del oficialismo santafesino,⁴⁸ al renunciar Lisandro de la Torre durante la Convención Nacional⁴⁹ y declararse en disidencia electoral los clubes seccionales de Rosario en contra del Comité de esa ciudad.

En julio de 1898 *El Municipio* se refería ya a la “traición” de los radicales santafesinos del '93 y la desaparición del Radicalismo:

Desde el momento en que no ha habido un solo comité en la república que conmemorase el glorioso aniversario del 26 de Julio de 1890 y no se han recordado en esta ciudad por las pseudo representaciones del radicalismo las históricas fechas de Julio y Septiembre de 1893 [podemos decir que] aquella masa avasalladora y decidida (...) no existe.⁵⁰

Hasta donde hemos podido constatar, los clubes de la UCR mantuvieron su actividad en la provincia hasta ese año 1898, subsistiendo la identidad radical a partir de allí con poco más que editoriales anuales de diarios que rememoraban las “gestas” de 1890 y 1893 y denunciaban la defección general, aunque en Buenos Aires se organizaran anualmente ceremonias en la Recoleta y procesiones cívicas más o menos numerosas.⁵¹

Los “intransigentes” al rescate de una tradición

El esfuerzo por intentar establecer un puente de continuidad entre una nueva agrupación política y la UCR de la década de 1890 se inició a mediados de 1903, cuando un grupo de viejos militantes radicales decidió conmemorar una vez más la Revolución del Parque. La llamada obtuvo respuesta en ciertos círculos santafesinos, pero quienes se hicieron cargo de la misma habían ocupado posiciones de segundo o tercer rango en el Radicalismo de los '90. Fue a partir de esos grupos fragmentados que se daría lugar a la “reorganización radical”, (re)construyéndose una red de dirigencias provinciales que sólo con el correr de esos años erigiría a Hipólito Yrigoyen como su principal referente a nivel nacional.⁵² En lo que aquí nos interesa, los llamados radicales “intransigentes”, que encararon dicho proceso, no dejaron de apelar al conjunto de mitos, ritos y símbolos que la UCR había elaborado la década anterior, pero imprimiéndoles un sentido a tono con el carácter combativo en que fue puesta en marcha la reorganización. Asimismo, esa reinvenición que llevaron adelante los intransigentes implicó una buena dosis de “olvido”, en tanto se echó un manto de sombras sobre las disputas suscitadas en torno a la conducción nacional de la UCR y acerca de las tensiones que había traído consigo la cuestión de la participación electoral en Santa Fe en los '90.

Al igual que en la década anterior, la iconografía desplegada por los radicales, su uso y la recepción posiblemente obtenida nos dicen bastante de esa reinvenición del Radicalismo, al apelar a ciertos “lugares de la memoria” construidos en aquellos años y rescatados por una incipiente organización que se propuso, antes que nada, concretar un levantamiento armado en distintos puntos del país. El reflote de los mismos en el nuevo contexto actuaba como elemento de cohesión para generar entusiasmo y compromiso en los militantes, aportando además una buena dosis de voluntarismo.

Por ejemplo, al conocerse que una comisión compuesta por los presidentes de los que habían sido los clubes radicales de Rosario participaría del mitin para conmemorar la Revolución del Parque en Capital Federal, el semanario rosarino *El Cronista* editó un número en cuya portada se reproduce una imagen muy similar a la de la publicación especial de los radicales santafesinos de 1894. Asociándose nuevamente el '90 a las acciones del '93, en esta ocasión es la misma *Marianne*, ahora en actitud beligerante, quien conduce a los combatientes radicales al asalto, portando una bandera con la fecha “30 de julio de 1893” sobre un lema que reza “¡Por la libertad y por la justicia!”. El rescate de la tradición revolucionaria y la asociación del mito nacional (1890) con el provincial (1893) del Radicalismo se completaba con otras operaciones iconográficas: además de la serie de fotografías idénticas a la de la publicación de la década pasada, se insertaba la reproducción

de la placa de bronce que los radicales rosarinos depositarían en el cementerio de la Recoleta en Capital Federal, para homenajear a “Leandro N. Alem y los mártires de la Revolución de Julio”, según las inscripciones que constaban en la misma.⁵³ De esta forma, los “mártires” del ’90, que habían sido reclamados primero por Alem al dividirse la Unión Cívica, se fundían con la figura de aquel (concebido ahora como *el* mártir) para sacralizar y legitimar desde el pasado una acción política llevada adelante desde el presente, como era la reorganización de la UCR por los “intransigentes”, evidenciando además hasta qué punto esa identidad política había calado en determinados espacios provinciales.

No constituye un dato menor el hecho de que el acto en Capital Federal fuera la piedra de toque para la reorganización partidaria a nivel nacional, como lo ha destacado recientemente la historiografía. Ahora bien, la virtual ausencia de trabajos sobre los casos provinciales vuelve aún más necesaria la reconstrucción del proceso en uno de los espacios que tuvo como protagonista a la UCR durante la década precedente: el santafesino.⁵⁴

Pero los canales a partir de los cuales esta identidad se reinventaba no se agotaban en la prensa sino que esta era, antes bien, su faz más pública. El proceso de la reorganización radical que derivó en la concreción de la insurrección cívico-militar de febrero de 1905 adquirió las formas conspirativas de una especie de sociedad secreta antes que las de un partido o una organización política que disputara espacios de poder con otras fuerzas del mismo tipo.⁵⁵ Por lo menos en lo que hace al ámbito santafesino, los radicales operaron más bien un cierre de filas para asegurarse la lealtad de los iniciados en la conspiración, en detrimento de las prácticas de ocupación del espacio público descritas en el apartado anterior, lo que además era difícil de lograr en vista de la dispersión partidaria. Como es evidente, los contactos con los militares que se pretendían sumar a la revuelta tuvieron un carácter secreto, y el espacio elegido para los mismos eran los destacamentos en que se acuartelaban los oficiales y las casas de campo ubicadas en las inmediaciones de los mismos.

Así, la instalación de los nuevos centros radicales en las ciudades de Santa Fe y Rosario se convierte por su parte en un prisma privilegiado para observar la forma en que la nueva dirigencia radical intransigente se esforzó por inculcar a las bases un determinado perfil del militante. Dichos contornos se delineaban teniendo como centro aquella figura del ciudadano-soldado comprometido, asociado al mito de la revolución como obra inconclusa, de allí que debiera estar siempre dispuesto a entregarse a la “causa”. Ello implicaba seguir a los jefes, que a su vez legitimaban su posición dentro de la UCR a partir de lo que podemos denominar una *pedagogía política de club*. Veamos en qué consistía dicho fenómeno, fundamental para comprender el tipo de identidad emergente con la reorganización radical.

Estos actos adquirirían, como antes las procesiones cívicas, el carácter de un ritual en donde los distintos elementos contribuían a la sugestión de los presentes, dando forma a una verdadera liturgia que era clave en la socialización política de los radicales.⁵⁶ A ello apunta precisamente la idea del radicalismo pensado como *religión cívica*, y el lenguaje con el que los mismos radicales se expresaban era también uno de esos elementos, tal como lo demuestra Ricardo Caballero al afirmar en sus memorias que “la doctrina de la Unión Cívica Radical, que debía ser propagada desde la tribuna de los clubes (...) [p]arecía seguir el precepto de la pedagogía hebraica que aconseja repetir cuatrocientas veces lo que se desea enseñar.”⁵⁷

La prensa oficialista de la capital provincial también daría cuenta del tono que imperaba en los actos radicales. Por ejemplo, una crónica del acto de inauguración del club radical capitalino “Leandro Alem” afirmaba que “hubo el indispensable e incendiario discurso (...) de Frugoni Zavala (...) Luego, los delegados de Paraná, doctor Laurencena y señores López y Arce produjeron el saludo de orden...”⁵⁸ De esta forma, el diario *Unión Provincial* denostaba el estilo combativo demostrado por la dirigencia radical, así como la rigidez demostrada en la ceremonia. Vemos también que las reuniones proponían el acercamiento de los dirigentes encargados de la reorganización partidaria en distintos puntos de la región, ya que, por ejemplo, Miguel Laurencena fue una figura clave de dicho proceso en la vecina provincia de Entre Ríos.⁵⁹

Pasemos ahora entonces al contenido de esa “doctrina” de la que habla Caballero. A modo de ejemplo, Ricardo Núñez, que sería el segundo jefe de la revolución de 1905 en Rosario, emitió un discurso en el club “9 de Noviembre” que entroncaba su propia historia de militancia con los avatares del partido, sin dejar de remitirse a los símbolos característicos del Radicalismo de la década anterior:

Soldado consecuente y fanático de la causa radical, me siento orgulloso en medio de este núcleo de veteranos del club (...) Camaradas, *el momento de prueba se acerca* y confío en que el 9 de Noviembre, respondiendo a su tradición, llegará de los primeros al lugar de la acción (...) señores: un recuerdo para el mártir, el alma de este partido, el apóstol Alem, y un viva para su digno reemplazante, el doctor Hipólito Irigoyen.⁶⁰

La gradación de jerarquías y vínculos dentro del nuevo Radicalismo son elocuentes: el ciudadano-soldado que continúa su militancia de los '90, ahora como dirigente; los camaradas veteranos del club; el viejo líder radical devenido en mártir (Alem) y su reemplazante (Yrigoyen). El resultado era la construcción

de un relato casi lineal en donde se apela a la “tradicición” para el “momento de prueba”, lo que no era sino un velado llamado a la insurrección armada. Las conmemoraciones de determinadas efemérides patrias o partidarias también se presentaban como una ocasión clave para poner en juego esa pedagogía de club que era canal privilegiado de la sociabilidad radical y de la (re)construcción de su identidad política.

Precisamente, la atmósfera de las reuniones publicitadas en la prensa radical adquiere un carácter casi místico, como puede comprobarse en algunos eventos descriptos. Tal el caso de las actividades llevadas a cabo por el club rosarino “Leandro Alem” durante el intenso mes de julio de 1904, donde “(c)omo prueba de sentimiento por su muerte [aniversario del fallecimiento de Alem], y como recuerdo cariñoso de su memoria”, el presidente del club, Domingo González, proponía que todos sus miembros se pusieran de pie “y que se lea en alta voz el diario *El Municipio*”. El mismo reprodujo para la ocasión pasajes de “la vida política de Alem”, que fueron leídos “en medio de religioso silencio”⁶¹. Al celebrarse unos días después el Nueve de Julio [día de la declaración de la independencia nacional], el mismo González proponía que el “partido radical intransigente” debía honrar “la memoria de los ilustres patricios (...) para que reivindicue las libertades que nos legaron los patriotas del año 1810”.⁶² En esta ocasión, el dirigente rosarino establecía una continuidad entre los mitos fundacionales de la nación argentina y la “causa” partidaria, operación que estaba presente en cada una de las asambleas radicales. En otro acto en el local del club “Alem”, efectuado unas semanas después para conmemorar la Revolución del Parque, el presidente de su comisión de propaganda, Constancio Godoy, apeló a esa relación entre pasado, presente y futuro, a través de la figuras de los “mártires” fundacionales y los militantes actuales:

(...) *nosotros los que permanecemos fieles y leales a los principios del partido radical intransigente debemos empuñar la bandera redentora que dejaron los caídos* y continuar la gloriosa epopeya hasta la consumación de la obra.⁶³

Como se sabe, una nueva revolución radical de carácter cívico-militar, en el contexto de vigencia del recientemente sancionado servicio militar obligatorio, se concretaría en febrero de 1905, teniendo a la provincia de Santa Fe como uno de sus focos insurreccionales. En este caso, la figura del ciudadano-soldado adquirió ciertos matices que complejizan y enriquecen el análisis de la construcción identitaria durante la reorganización intransigente.⁶⁴ En efecto, si bien la UCR se opuso manifiestamente a la ley n° 4031, conocida como Ley Ricchieri, que estableció el servicio militar obligatorio, oficiales y conscriptos fueron tentados

para sumarse a la revolución que se preparaba desde hacía unos años. Así, un día después de que *El Municipio* titulara una nota “La juventud conscripta. Sus deberes de soldado y sus deberes con la patria”, y llamara a unir la misma (“la bandera nacional”) con la “santa revolución” (“la bandera roja y blanca del pueblo”), los conscriptos movilizados de la clase 1882 con destino a los cuarteles de la cercana localidad de la San Lorenzo desfilaron ante la redacción del diario, “dando potentes vivas a la revolución y a EL MUNICIPIO”.⁶⁵

Sin embargo, al reorganizarse la UCR en 1906 después del fracaso revolucionario, el acento sería puesto, una vez más, en el perfil del propio militante radical. De allí que Ricardo Caballero expresara como principal orador en la reinstalación del Comité Central de la UCR Rosario en octubre de ese año, ante delegaciones de la ciudad de Santa Fe y las provincias de Buenos Aires, Córdoba y Corrientes:

(...) somos los nuevos soldados algunos, los veteranos otros, de esa revolución trascendental que pretendiendo reivindicar para nuestro país la gloriosa tradición de la democracia americana ha estallado el 90, el 91, el 93 y el 4 de febrero de 1905.⁶⁶

Conclusiones

Estos últimos discursos, a la vez beligerantes y mesiánicos, resumen bien lo que hemos intentado demostrar a lo largo del trabajo. La construcción de ese “nosotros” radical implicó, por lo menos, dos etapas. Las mismas se prolongaron, de forma discontinua por la virtual disolución del partido en el cambio de siglo, entre el fracaso de las revoluciones de 1893 y la reorganización “intransigente” que tuvo un primer punto de coagulación en la también fallida revolución a nivel nacional de 1905. Esta experiencia sería la plataforma a partir de la cual se consolidaría esa nueva dirigencia, distinta a la del Radicalismo de los noventa.

En lo que respecta al caso que hemos analizado, el de la provincia de Santa Fe, tanto la ritualización de prácticas conmemorativas que entrañaban aspectos fundamentales de la sociabilidad política de la UCR, como los registros e ideas que sustentaban los discursos de los dirigentes, e incluso las representaciones materiales e iconográficas a que esas coyunturas dieron lugar, nos han permitido desentrañar con cierta minuciosidad algunas figuras que adquirirían funciones claves en el imaginario y la identidad radical.

De esta forma, el “ciudadano-soldado”, que se perfilaba como el ideal del militante radical, emergió con fuerza fundamentalmente a partir de las experiencias revolucionarias de 1893. Ahora bien, en su posterior definición por parte

de los hombres del partido, aquel debía permanecer leal a la agrupación y a sus líderes, en tanto continuaba la obra trunca de otra de esas figuras. Precisamente, los “mártires-caídos” fueron el ejemplo a seguir por aquellos militantes, teniendo como antecedente prestigioso a los “caídos del Parque”, cuyo correlato local serían los combatientes muertos en las dos revoluciones del '93.⁶⁷ Aquella obra inconclusa se condensaba en la idea de la *revolución*, entendida como empresa “patriótica” y “regeneradora”, según el lenguaje empleado por los radicales. Quiénes interpretaban y conducían esa acción como una “gesta” con un sentido casi religioso eran, en la provincia, los dirigentes locales y, en la nación, figuras que eran colocadas en un plano superior, primero Alem y luego Yrigoyen.

Ejemplo de ello, como hemos visto, fueron las distintas formas de socialización política en las que abrevaban los radicales santafesinos: mítines y conmemoraciones públicas, reuniones de comité, banquetes y veladas en teatros y clubes. El peso de las mismas estuvo también determinado por sus condiciones de posibilidad, de acuerdo al cambiante clima político, ya sea en la década de 1890 o en la primera del siglo XX. Pero lo cierto es que las sucesivas dirigencias consolidaron su predominio dentro del Radicalismo entusiasmado y disciplinando al mismo tiempo a las bases, elevando hasta la sacralización ese mito originario y horizonte de futuro que fue la *revolución* para los radicales de la Argentina finisecular. La concurrencia de cientos y miles de personas a dichas manifestaciones de adhesión dan cuenta del grado de compenetración de diversos, pero no por ello poco importantes, sectores de la sociedad provincial (desde la patricia capital provincial hasta la dinámica ciudad-puerto de Rosario, pasando por las prósperas colonias agrícolas, como Esperanza y Rafaela). Dato reconocido no sólo por los órganos de prensa afines a la UCR, sino también por sus oponentes. *De la necesidad y la derrota se hacía una virtud, construyendo una identidad, en un proceso de subjetivación política prácticamente sin parangón en esos años.*

Por otro lado, el trabajo da lugar a otro tipo de conclusiones, esta vez, de carácter propositivo. En cuanto a ello, cabe pensar el tipo de experiencia y capital político adquirido por las dirigencias radicales en los años previos al cambio de régimen político en la Argentina que implicó la reforma electoral de 1912. O sea, el repertorio de acción política constituido por dispositivos de movilización y encuadramiento en base a prácticas ritualizadas, sumado a la instrumentalización de mitos fundacionales que actuaban como fondo de cohesión de un colectivo político-partidario, parecen haber dotado a la UCR de un plus respecto de otras fuerzas políticas, como eran las que ejercieron el poder antes de la reforma, más allá de que el mundo del orden conservador era permeable a los vaivenes de grupos y personalidades de acuerdo a los contextos particulares.

En lo que hace al proceso más general de construcción de esa identidad radical, otras expresiones provinciales de la misma esperan entonces aún por

su historización y problematización, atendiendo a las especificidades de cada una, y algo similar ocurre con las generalidades del caso nacional. Para finalizar, estamos en condiciones de afirmar que, aun sin anticiparlo, como podría hacer un análisis de tipo teleológico, parece difícil afirmar que los aspectos aquí analizados para Santa Fe no hayan contribuido al posterior éxito político-electoral del Radicalismo en dicha provincia y luego en la nación, pese a que los mismos hayan madurado en un período previo a lo que se suele caracterizar como la política de masas en Argentina.

Notas

- 1 Una versión anterior y reducida de este trabajo fue presentada en las *VI Jornadas Nacionales Espacio, Memoria e Identidad*, Rosario. 29, 30 de junio y 1º de julio de 2011, Facultad de Humanidades y Artes / Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario, Argentina. Agradezco los comentarios realizados en la ocasión por Diego Mauro y los efectuados posteriormente a esta versión por Darío Macor, Natacha Bacolla, Marcela Ferrari y Mariela Rubinzal.
- 2 Citado en Gallo, E. y Sigal, S., “La formación de los partidos políticos contemporáneos. La Unión Cívica Radical (1890-1916)”, en: Di Tella, T., Germani, G. y Graciarena, J. (comps.), *Argentina, sociedad de masas*, Buenos Aires, Eudeba, 1965, p. 190.
- 3 Entre otros, Gallo, E. y Sigal, S., *op. cit.*; Rock, D., *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977; y Alonso, P., *Entre la revolución y las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años del noventa*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000.
- 4 Retomando el lenguaje de los dirigentes históricos de la UCR, uno de los principales representantes de su historiografía militante, Gabriel Del Mazo, planteaba a mediados del siglo XX que la misma debía concebirse como “religión cívica de la Nación”, fórmula adoptada luego por importantes referentes de la historiografía académica para dar cuenta de esa autoconcepción que sustentaban los radicales. Ver Del Mazo, G., *El Radicalismo. Ensayo sobre su historia y doctrina*, t. I. *Desde los orígenes hasta la conquista de la República Representativa y primer gobierno radical*, Buenos Aires, Gure, 1957, p. 21. Para el segundo caso, Halperin Donghi, T., *La larga agonía de la Argentina peronista*, Buenos Aires, Ariel, 1994.
- 5 En términos metodológicos, hacemos nuestra la afirmación de Peter Burke, el cual expresa que “Independientemente de su calidad estética, cualquier imagen puede servir como testimonio histórico.” *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Barcelona, Crítica, 2001, p. 20.
- 6 En el libro de Ezequiel Gallo, *Colonos en armas. Las revoluciones radicales en la provincia de Santa Fe (1893)*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007 [1976], el foco del análisis se posa en la intervención armada de esos colonos, en detrimento de lo que, entendemos, constituyó el eje de las revoluciones de 1893, esto es, la nacionalización del conflicto faccioso en la provincia al calor de la crisis de 1889-1890 y la creación de la UCR. Al respecto remitimos a Reyes, F., *Armas y política en la construcción de un partido. Las revoluciones de la Unión Cívica Radical de 1893 y 1905 en la provincia de Santa Fe*, Tesina de Licenciatura en Historia, Facultad de Humanidades y Ciencias, Universidad

- Nacional del Litoral, Santa Fe, 2010. Allí se ha intentado demostrar hasta qué punto los habitantes de las colonias formaban parte ya del área de influencia de las facciones tradicionales santafesinas, de forma que resulta difícil ver una acción completamente autónoma de los colonos en 1893. Una reconstrucción de las revoluciones radicales de 1893 en el conjunto del país, en Alonso, P., *op. cit.* Sobre las revoluciones en las provincias de Buenos Aires y San Luis (aunque sin atender a sus posteriores conmemoraciones) remitimos, respectivamente, a Hora, R., “Autonomistas, Radicales y Mitristas: el orden oligárquico en la provincia de Buenos Aires (1880-1912)”, en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, III, n° 23, 2001; y Follari, R., *El Noventa en San Luis. Autonomistas y radicales en 1890*, Buenos Aires, Ciudad Argentina, 1998.
- 7 Baczko, B., *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2005, pp. 39-44.
 - 8 En este punto seguimos el planteo de Emilio Gentile, el cual afirma que la “sacralización de la política” puede tener orígenes, formas y consecuencias muy diferentes según emerja en determinadas situaciones históricas, culturales y sociales, estableciendo una distinción entre las *religiones civiles*, típicas de “sociedades abiertas” y que tendrían formas discretas y no coercitivas, y *religiones políticas*, las cuales serían características de “sociedades cerradas” y signadas por formas integristas. *El culto del littorio. La sacralización de la política en la Italia fascista*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007, p. 248.
 - 9 Marcial Candiotti a Martín Rodríguez Galisteo, 20/01/1894, Archivo José Rodríguez y Martín Rodríguez Galisteo, Caja 2, Carpeta A-G, folio 54, Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe (AHPSF).
 - 10 La reproducción de la medalla, en la publicación especial *30 de Julio. 1893-1894*, Archivo Manuel Cervera (AMC), Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe (JPEHSF).
 - 11 Como afirma este autor, una vez instalado el mito fundacional, el mismo “se organiza en una sucesión, o mejor sería decir en una dinámica de imágenes y, tal como en el caso del sueño, hay que descartar la idea de disociar sus fracciones: estas se encadenan, nacen una de otra, se responden y se confunden”. Girardet, R., *Mitos y mitologías políticas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1999, pp. 14-15.
 - 12 Sobre la creación de la Liga Patriótica y sus objetivos, ver diario *Unión Provincial* (en adelante *UP*), 09, 10, 12 y 13/06/1894. Este diario definía los sentimientos y actitudes que debían guiar a sus miembros, sonando sus argumentos a tono con la autoconcepción que de sí tenía el Radicalismo: “(...) pertenecer a la Liga es así un deber de patriotismo y una muestra de virilidad cívica...”
 - 13 En el contexto de la revolución de julio, el principal vocero del autonomismo, *Nueva Época (NE)*, había afirmado: “Santa Fe tendrá derecho a increpar a la Junta revolucionaria de 1893 el haber aumentado con este problema nuevo –nuevo y pavoroso– los incontables y amenazadores que envuelven a la nacionalidad argentina...” (06/08/1893). La disputa entre autonomistas y radicales ha sido trabajada someramente por Ezequiel Gallo en su *Colonos en armas* y por Lilia Bertoni en *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001. Sin embargo, al priorizar el carácter “conservador” del incipiente nacionalismo argentino, ambos trabajos han concentrado el argumento “nacional” en la crítica de los autonomistas al accionar de los colonos encabezados por los radicales, sin tomar en consideración la fuerte defensa que estos realizaran de sus acciones, durante y después de las mismas, apelando precisamente al mismo argumento pero en el sentido inverso, tal como se ve en sus consignas y proclamas.

- 14 Sobre la instauración de la figura de *Marianne* como representación de la Libertad/ República, así como también su polisemia simbólica, ver Agulhon, M., “Propos sur l’allégorie politique”, en: *Actes de la recherche en sciences sociales*, 1979, vol. 28, n° 28. Acerca de su temprana recepción en Argentina, ver Burucúa, J. et al, “Influencia de los tipos iconográficos de la Revolución Francesa en los países del Plata”, en: AA.VV., *Imagen y recepción de la Revolución Francesa en Argentina*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1990. Acerca de la resignificada *Marianne* libertaria, ver Suriano, J., *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial, 2008, p. 306.
- 15 El ejemplar tomado como fuente es el perteneciente a Martín Rodríguez Galisteo, Archivo José Rodríguez y Martín Rodríguez Galisteo, AHPSF.
- 16 *UP*, 24/07/1894.
- 17 En Esperanza Francisco Velázquez Pujadas, miembro del Comité radical de esa ciudad y director del diario *La Unión (LU)*, creaba en julio la sociedad recreativa Juventud Esperancina, asumiendo su presidencia. La cultura asociativa típica de esta colonia podía ser funcional a la causa radical al mostrarse permeable a las iniciativas de los hombres de la UCR que prontamente intentaron identificarla con la causa de los colonos. Cfr. *LU*, 22/07/1894.
- 18 La cita anterior y esta información proviene de *El Municipio (EM)*, 29/07/1894.
- 19 Al decir de Gerónimo Cello -vice-presidente del Comité-, “algunos miembros de aquel partido, considéranse como radicales (...) es momento para que se unan; pues han concurrido a la Liga Patriótica, se hallan en su Comité y cree que tienen iguales aspiraciones.” *Actas del Comité Central de la Unión Cívica Radical de Santa Fe*, Archivo Manuel Cervera (AMC), Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe (JPEHSF), sesión del 26/07/1894.
- 20 En palabras de Eric Hobsbawm, “(...) las tradiciones inventadas, hasta donde les es posible, usan la historia como legitimadora de la acción y cimienta de la cohesión del grupo.” Ver “Introducción: la invención de la tradición”, en: Hobsbawm, E. y Ranger, T. (eds.), *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002, p. 19.
- 21 A dos años de los acontecimientos del '90, Alem pronunciaba este discurso en la Recoleta, negándole legitimidad a la participación del mitrismo: “(...) *estos muertos ante cuyas tumbas hemos venido a inclinarnos, son nuestros, exclusivamente nuestros!* (...) porque somos los únicos que conservamos en nuestra alma el culto y en nuestra voluntad los propósitos, por los que ellos entregaron su vida en la jornada del Parque!” Citado en *LU*, 28/07/1892 (destacado nuestro).
- 22 Sobre el mismo ver Guido, H., “Los caídos del 90”, en: *Todo es Historia*, Buenos Aires, N° 408, julio de 2001. Según nos informa la prensa, el ritual anual de la peregrinación hacia el Cementerio de la Recoleta se continuará efectuando incluso más allá de la división y virtual disolución de la UCR en 1897-1898.
- 23 El discurso de Castellanos al inaugurarse el Panteón de los Caídos se cita en *EM*, 03/08/1893.
- 24 El evento sería cubierto por los diarios más importantes de la ciudad. Así lo describía, por ejemplo, *La Capital*: “(...) sus amigos reciben el cajón, que cubre una bandera de seda que ostenta los colores que sirvieron de divisas a los suyos en el día del combate (...) El joven Dermidio T. González, terminada la ceremonia fúnebre, pronunció algunas palabras en recuerdo de las virtudes cívicas que adornaron al que fue su amigo y compañero de causa...” *La Capital*, 26/08/1893, citado en la publicación especial *30 de julio (1893-1894)*, op. cit.

- 25 La reproducción fotográfica de la placa, en la publicación especial, *Ibidem*.
- 26 Téngase en cuenta que, según el Censo Nacional de la República Argentina de 1895, la provincia de Santa Fe contaba con 397.188 habitantes; la ciudad de Rosario sumaba 91.669 y la de Santa Fe 22.244.
- 27 *EM*, 31/07/1894.
- 28 “El pueblo, en su mayoría cívico; a rememoración de una fecha gloriosa para el patriotismo santafesino, y la asistencia al acto de los Clubs cívicos radicales, eran motivos más que suficientes para dar a la conferencia el aspecto de una asamblea popular”. *UP*, 31/07/1894.
- 29 El mismo finalizaba afirmando que “podéis estar tranquilos dedicados a vuestras tareas, porque hay quien vela por la suerte del pueblo, por la libertad de esta Provincia (...) el triunfo definitivo será de la causa del pueblo representado por los principios de la Unión Cívica Radical”. Citado en *Ibid*. El tono del discurso deja vislumbrar que la conmemoración de la revolución era entendida por los notables del partido como una instancia que redundaba en una legitimación de su liderazgo, lo que posibilitaba que se mantuvieran en el centro de la escena política.
- 30 *NÉ*, 28/07/1894.
- 31 “A las 9 p. m. había una concurrencia no menor a 600 personas. Allí se habían dado cita todas las clases sociales: desde la más encumbrada dama hasta la modesta esposa del colono (...) dando final al cuadro los más respetables jóvenes caballeros, obreros y labradores nacionales y extranjeros...” *LU*, 02/08/1894.
- 32 En el sentido expresado por Pierre Nora: “la memoria es un marco más que un contenido, una apuesta siempre disponible, un conjunto de estrategias (...) Lugares de la memoria nacen y viven de un sentimiento que no es una memoria espontánea: es necesario mantener aniversarios, organizar celebraciones...” “Présentation” y “Entre Mémoire et Histoire. La problématique des lieux”, en Nora, P. (dir.), *Les lieux de mémoire*, I, Paris, Gallimard, 1997, pp. 16 y 29 (traducción propia).
- 33 “Explicaciones y Comentarios. A propósito de los grabados que contiene este libro. La alegoría”, en *30 de Julio...*, *op. cit*.
- 34 Sobre la participación electoral de los hombres de la UCR santafesina en la década de 1890 ver Wilde, M. J., “Los orígenes del radicalismo santafesino (1893-1896)”, en: *Todo es Historia*, N° 223, 1985, Buenos Aires; y Bonaudo, M., “El radicalismo santafesino. Un espacio para pensar el problema de la ciudadanía (1890-1912)”, en: *Cuadernos del CIESAL*, N° 4, 1998, Rosario, UNR.
- 35 El diario afirmaba: “Esta noche darán principio las visitas de dicha comisión a los clubes seccionales para pasar revista de sus elementos...” *EM*, 25/07/1895. La cita posterior pertenece a *EM*, 07/08/1895 (subrayado nuestro).
- 36 *UP*, 01/08/1895.
- 37 *LU*, 28/07, 01 y 04/08/1895.
- 38 “(...) la revolución de julio de 1893 fue obra santa, obra de varones (...) se ha hecho carne y hueso en la conciencia pública la idea de que los Van Oppen, los Casterán, los Galato, los Ochoa y tantos otros ciudadanos que hallaron gloriosa muerte luchando por las libertades santafesinas, serán siempre acreedores a la gratitud de sus conciudadanos.” *EM*, 30/07/1895.
- 39 “(...) apareció en el escenario el Comité Central en pleno. En el fondo veíase, sobre un trofeo de banderas, el retrato de San Martín; hacia el centro, de un lado la enseña del Parque y del otro la santafesina de la revolución de Julio; en el frente mismo los retratos de Alem y Candiotti. El efecto era apropiado al acto.” *UP*, 13/08/1895.

- 40 La prensa destacaba la presencia en los palcos de miembros de “distinguidas familias” de la elite local (Aldao, Galisteo, Crespo, Lassaga, Aragón, Iriondo, Mántaras, Iturraspe, Cullen, etc.).
- 41 Los datos en *UP*, 17/08/1895.
- 42 La idea ha sido tomada de los planteos de George Mosse en *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las guerras napoleónicas al Tercer Reich*, Buenos Aires, Siglo XXI-Marcial Pons, 2007.
- 43 Respecto de los rituales conmemorativos del 1° de Mayo realizados por socialistas y anarquistas desde 1890, ver Viguera, A., “El primero de Mayo en Buenos Aires, 1890-1950: evolución y usos de una tradición”, en: Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, 3° serie, 1° semestre de 1991.
- 44 Las citas de los corresponsales de *La Nación* y *El Tiempo* se reproducen en *NE*, 18/09/1895.
- 45 El cronista del autonomista *Nueva Época* ofreció incluso una lista detallada de las filas con las que contaba cada uno de los trece clubes radicales rosarinos que desfilaron.
- 46 Los discursos en *EM*, 17/08/1895.
- 47 En palabras de Gentile: “para quien se proponga estudiar una religión secular, desde una perspectiva historiográfica, con el único objetivo de devolver al ámbito del conocimiento racional un fenómeno que por vocación propia se ha situado ostensiblemente en el terreno de lo irracional, sin por ello carecer, en verdad, de racionalidad histórica propia.” (Gentile, *op. cit.*, p. 13).
- 48 *UP*, 12/10/1897.
- 49 Ver “Renuncia al radicalismo”, en: *Obras de Lisandro de la Torre*, I, Buenos Aires, Hemisferio, 1957.
- 50 *EM*, 31/07/1898.
- 51 En efecto, podían leerse artículos como el siguiente: “De los muertos nadie se acuerda. Ni una corona, ni una flor, ni una oración (...) Sin embargo, muchos de los revolucionarios de 1893 son los oficialistas de 1900.” *EM*, 29/07/1900. Los actos celebrados en Capital Federal son consignados por la prensa de la época.
- 52 Se han trabajado los pormenores de la reorganización de la UCR en la provincia en Reyes, F., “Armas y política en la construcción de un partido...”, *op. cit.*
- 53 La alegoría de tapa, las fotografías y la reproducción de la placa, en *El Cronista*, Rosario, 01/08/1903, AMC, JPEHSF
- 54 El acto es detallado en sus formas y protagonistas en *EM*, 28/07/1903. Sobre la convocatoria a reorganizar la UCR a nivel nacional, ver al respecto Persello, A. V., *Historia del radicalismo*, Edhasa, Buenos Aires, 2007. Esta obra presenta un panorama general del proceso reorganizador, pero sin profundizar en los primeros años del mismo. Algunas referencias documentales al caso de la provincia de Buenos Aires, aunque lejos de un análisis acorde a la renovación historiográfica, se encuentran en Carlos Giacobone y Edit Gallo, *Radicalismo bonaerense (1891-1931)*, Buenos Aires, Corregidor, 1999.
- 55 Sobre la forma de organización y el ritual de las sociedades secretas, ver Hobsbawm, E., *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Barcelona, Ariel, 1968.
- 56 Escenas como la siguiente, al instalarse el club radical Juventud de Rosario, eran casi cotidianas en la prensa durante la reorganización: una “tribuna, presidida por un retrato del doctor Alem rodeado por la bandera nacional y entre banderas revolucionarias...” *EM*, 27/10/1903. Símbolos (retratos de Alem, banderas argentinas y radicales juntas) que ya hemos consignado para los grandes actos de los '90.

- 57 Caballero, R., *Yrigoyen. La conspiración civil y militar del 4 de febrero de 1905*, Buenos Aires, Raigal, 1951, pp. 30 y 77.
- 58 *UP*, 20/09/1903.
- 59 Sobre el político radical entrerriano, remitimos a la entrada correspondiente en el *Diccionario biográfico nacional: Unión Cívica Radical*, 4 tomos, Buenos Aires, Instituto Moisés Lebensohn, 2012.
- 60 Citado en *EM*, 25/10/1903 (subrayado nuestro).
- 61 La descripción del acto, en *EM*, 02/07/1904.
- 62 Citado en *EM*, 12/07/1904.
- 63 Citado en *EM*, 27/07/1904 (subrayado nuestro).
- 64 Resulta interesante notar que no es casual que la identidad radical, su carácter insurreccional con rasgos cívico-militares a veces difusos en cuanto a la frontera de uno y otro término y esta suerte de disputa por el patriotismo en la que el Radicalismo se presentaba como alternativa al “régimen”, hayan estado enmarcadas por dos momentos que hacen de flanco temporal al surgimiento de la UCR, y donde se puso sobre el tapete la “cuestión nacional”: la década de 1880 y el Centenario. La figura del “ciudadano-soldado” fue protagonista en ambos. Cfr. Bertoni, L. A., *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas*, *op. cit.*; Sabato, H., “El ciudadano en armas: violencia política en Buenos Aires (1852-1890)”, en: *Entre pasados*, Buenos Aires, año XII, n° 23, 2002; y Devoto, F., “Imágenes del Centenario de 1910: nacionalismo y república”, en Nun, J. (comp.), *Debates de mayo*, Buenos Aires, Gedisa, 2005.
- 65 *EM*, 25 y 26/02/1904.
- 66 Caballero, R. *op. cit.*, p. 120.
- 67 Cabe aclarar que, como consecuencia del vacío historiográfico en torno a los siguientes temas, tanto las distintas manifestaciones públicas –en especial las conmemoraciones anuales de la Revolución del Parque– como los mecanismos identitarios y formas de socialización política que caracterizaron al Radicalismo en general entre el ’90 y su llegada al poder en la segunda década del siglo XX, son objetos de nuestra actual investigación en curso.